

Acta III

PINTAR CON PAPEL

Eloy Velázquez

No es tarea fácil para un pintor explicar el proceso creativo con el que se construye su obra. Siempre hay un *cómo* (procedimientos) y un *qué*, cuyo contenido se manifiesta a través de los medios y recursos que configuran la obra de arte. En este caso, ambos van íntimamente unidos porque el verdadero protagonista de mi pintura es la propia pintura. Ella genera y demanda pretextos y argumentos con los que edificarse.

Responde el contenido de mi obra al deseo de liberar imágenes que se pueden encontrar a sí mismas en las pátinas enigmáticas que la erosión dibuja sobre la superficie de objetos desechables o en el revoltijo de fibras y colores que surgen de las *heridas* del papel. Son imágenes que tienen su origen en la geografía del cuerpo humano en toda su extensión física (interior-exterior), interpretadas a golpe de sugerencias recíprocas entre los materiales que hacen su discurso inmersos en la tripa del papel, librando su batalla con colores, texturas e imágenes que habitan mi inconsciente y se liberan y recrean en el cuadro. Transcenden así al papel visiones inéditas del cuerpo humano fantaseadas, a veces desde una sensualidad sublimada, que distorsiona la realidad, o irreconocibles interiores de una opacidad inexplicable.

La versatilidad del papel me permite un diálogo fluido que escapa, consciente o inconscientemente, a la voluntad racional de crear un objeto premeditado, dejándome llevar por la dialéctica espontánea que surge de la ductilidad de los materiales que

construyen los diálogos. Existe pues un claro carácter antropomórfico en estas representaciones expresivistas en las que la mano responde obediente a formas y gestos que entroncan con la realidad gestual que la materia modelable del papel y los *objects trouvés* liberan desde sus cuerpos erosionados, policromos o neutros.

Someramente explicado el *qué* de mi pintura, es evidente que se me ha citado aquí más por el *cómo*. Cuando alguien descubre que mis cuadros —que pueden llegar a pesar cincuenta kilos— son básicamente papeles, se rompe una vez más el viejo estereotipo que tiende a otorgar a este medio un carácter secundario, o restarle entidad.

En el ámbito del arte actual conviven múltiples formas de entender el soporte. Desde que los Dadás, entre otros, abrieran contundentemente la puerta de la libertad más absoluta a los creadores, asistimos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a una revalorización continua de los materiales. A partir de entonces, cualquier material es susceptible de ser elevado a la categoría de objeto artístico si el autor de turno se lo propone, desde una perspectiva coherente.

Históricamente el papel había sido un sufrido sujeto paciente que, cargado de posibilidades, se adaptaba a los distintos medios que se adherían a su generosa superficie. De un tiempo a esta parte, cada vez somos más los que consideramos que el papel es, o puede ser, mucho más que un mero soporte. Para mí es un material vivo, capaz de generar múltiples propuestas plásticas. Está vivo porque, a lo lar-

go del proceso creativo, puedo modelar su superficie, e incluso modificar sus dimensiones. Puedo arrancarle texturas, frotar, romper, alterar lo construido, introducir materiales que su tripa no me rechaza. Puedo colorearlo o dejar que sus propias fibras aparezcan en fragmentos de impresionante desnudez. Puedo incluso esperar que de sus reacciones –que yo mismo provoqué con los materiales– aparezcan nuevos elementos en el diálogo plástico que mantenemos.

En un momento determinado del proceso podemos entrar en una dialéctica, realmente mágica, que ningún otro soporte puede proporcionarnos y, a medida que los materiales son absorbidos camaleónicamente, la idea evoluciona y se desarrolla paralelamente a las infinitas posibilidades que se abren. ¿Cabe un diálogo más fecundo?

Hasta este punto, deliberadamente, he evitado usar la palabra *collage* porque en mis pinturas no se pegan objetos sobre un soporte rígido. El papel me permite una forma específica de integración de los materiales que se encardinan, fundiéndose al final del proceso, donde los elementos se aunan por completo.

Mientras el papel va secando, se edifican fragmentariamente parcelas de interés en las que se integran todo tipo de materias (maderas, hierros, alambres, otras fibras, pequeños fragmentos de objetos cotidianos, sutilmente marcados por la huella de su errática existencia). Materiales que entran, salen, o se quedan para siempre aprisionados en las entrañas del papel, presencias que se funden en pos de una idea que avanza y madura en un flujo de imágenes –sugeridas y halladas– que se intercambian en un discurso que configura el lenguaje artístico.

Es un soporte vivo porque responde a mis manipulaciones adaptando sus respuestas, modificando las formas o su propia naturaleza. Estamos ante un soporte insumiso que se resiste a dejar sin respuesta las *agresiones* que el artista le infiere.

Buscando incansablemente texturas y colores, terminé encontrando en el papel la respuesta que tanto perseguía; confieso que cometo toda clase de atropellos sobre la superficie húmeda del cuadro. Entablo con la sufrida masa de papel verdaderos combates en una búsqueda apasionada de paisajes interiores que brotan entre rotundas texturas y colo-

raciones. Son mis instrumentos favoritos, cualquier herramienta que rompa, arañe, levante o derrame pulpas y colores. Es pues mi relación con el papel una relación atípica, que sólo se justifica si el resultado final me satisface.

Ante tantos eruditos y estudiosos del papel, me siento como un transgresor que, hebreo de visiones pictóricas, se vuelca impulsivo sobre un medio tan dúctil y generoso, arrancando como puede las imágenes que esconde .

Supongo que los que abordáis el tema desde posiciones más puristas, podeis sentir un cierto escalofrío ante estos procedimientos, casi de carnicería. Puedo aseguraros que amo tanto el papel como vosotros; lo amo tanto que una parte de mi estudio se asemeja cada vez más a aquellas boticas antiguas, llenas de tarros con extrañas pócimas. Guardo en la estantería infinidad de frascos cuyo contenido sorprende a los visitantes : zarzas, escajos, helechos, acantos, pétalos de amapolas, pajas, vainas de judías, corteza de tilo, hojas de ajo, cebolla, papiros... La sorpresa aumenta cuando les enseño mi libro de pequeñas hojas de papel y comprueban que se corresponden con el contenido de los frascos. Me atraen hasta tal punto estos bellos papeles que a veces mis grabados se sugieren desde ellos en un proceso tantas veces recíproco, en el que el papel se revela como potenciador inagotable de posibilidades apenas imaginadas.

En el rincón más soleado de mi pequeño jardín, los papiros intentan crecer bajo el tímido sol de Cantabria, mientras unos viejos vaqueros duermen en leña antes de convertirse en papel de trapo. Más allá, en los grandes moldes, la pulpa intenta deshacerse de la humedad que aprisiona, con la aspiración de llegar a ser algún día una obra de arte. Encima de la tejabana, que protege de la cansina lluvia en el largo invierno; los cedazos cargados de troceados vegetales, exponen sus mercancías a un sol parco que lentamente va haciendo su trabajo. Dentro, cuando las máquinas guardan silencio, me pierdo entre texturas y colores, buscando o encontrando lo que quiero, en un diálogo inagotable de idas y venidas, de sugerencias y respuestas que nacen, crecen y concluyen entre fibras de papel.

Eloy Velázquez

